

11-5-2018

CONCURSO DE RELATOS

El hombre del saco

Francisco Antonio Álvarez López

Pífanos

El hombre del saco

Son muchos años ya los que han pasado desde que ocurrieron los hechos que voy a relatar, pero hay sucesos que fueron vividos con tanta intensidad que persisten en nuestro recuerdo a pesar de que en muchos casos quisiéramos erradicar de nuestra memoria para siempre.

Cuando yo era niño, me recordaban con cierta frecuencia que personas extrañas, con inconfesables intenciones, se presentaban en el pueblo para llevarse a la fuerza o con engaño a los chiquillos traviosos que de forma temeraria se alejaban de sus casas o familia. Indudablemente serían lo que llamamos “leyendas urbanas”, para evitar desenlaces indeseables. Se les conocía a esos personajes con los nombres más variopintos y a la vez significativos, a saber: “el sacamantecas”, “el chupasangre”, “el hombre del saco” etc. etc.... Solo con oír su nombre se nos inundaba el cuerpo de un indescriptible terror. A veces se recordaba la historia de Manolito —mata bichos— que cuando tenía nueve años, hace de eso mucho tiempo, en lugar de ir a la escuela, una tarde de primeros de mayo, se quedó cazando grillos en el prado de las monjas, para lo que tenía una destreza insuperable. Primero localizaba el agujero en el cual introducía una pajita para hacer cosquillas al grillo, el cual solía salir enseguida, pero si se le resistía, no tenía reparo en mear directamente en la madriguera y entonces sí que salía inmediatamente el insecto, medio ahogado. De Manolito nunca más se supo y solo quedó en el prado una bolsa con sus libros y una caja de cartón con cuatro grillos. Según contaba Jacinto —morillo— le pareció que iba sonriendo y chupando una piruleta en un coche de punto de color negro y matrícula extranjera que aquel día se había visto merodeando por el pueblo.

Tendría yo cinco o seis años, no puedo precisar la edad, cuando me dijo mi madre que fuera a la era a regar la ropa, porque aquel lugar, una pradera de una extensión aproximada de poco más de un cuartal, cuando no era tiempo de trilla, se aprovechaba para pasto de una chiva, el caballo, la pareja de bueyes y una vaca. También para tender la ropa al sol que previamente se había lavado en el reguero que corría entre el camino y la era. Allí mismo había una caseta donde se guardaban diversos utensilios propios del campo y una regadera que tenía que llenar con el agua del reguero. Mucho me gustaba aquel encargo de mi madre; pero lo que más me gustaba aún era sentarme en la pradera en la misma orilla con los pies descalzos metidos en el agua, observar, cómo había dicho Heráclito, hace más de dos mil años, que nunca veremos

El hombre del saco

pasar dos veces la misma agua del río. Aquel tintineo era una música tan agradable que podía permanecer horas semidormido escuchándola mientras veía el discurrir de aquella agua transparente. A menudo movía una piedra grande que había en medio para comprobar como cambiaba el curso y el sonido al chocar contra la misma. Otras veces, cuando tenía sed, podía beber con toda tranquilidad, no sin antes proceder con un ritual que me habían enseñado, teniendo en cuenta, eso sí, que el agua fuera clara y no estuviera estancada, siempre fluyendo. El citado ritual, consistía en hacer una señal de la cruz sobre el agua a la vez que se pronunciaban las siguientes palabras: "Por aquí pasa Dios, por aquí la Virgen. Si es agua buena que me aproveche y si es agua mala que la vomite".

Dicho lo cual, podía beber con plena garantía de éxito el agua cristalina que gracias al sortilegio se convertía en salubre.

Observar discurrir el agua y escuchar su placentero sonido me inducía un sopor tan agradable, similar al que me producía oír el crepitar de las brasas en la hoguera y admirar las distintas formas de las llamas. Dos bálsamos insuperables y enigmáticos para mí, el agua y el fuego.

Aquella tarde me quedé embelesado de tal forma a la orilla del reguero que no pude percibir como se me aproximaba un hombre con un saco en las manos diciendo: ven que te meto dentro, ven que te meto dentro...

Lo normal es que me hubiera quedado inmóvil, paralizado por el susto, pero lo cierto es que, impulsado por una fuerza desconocida, eché a correr de tal forma que no paré hasta llegar a casa y contarle a mi madre lo sucedido. Ella no le dio la menor importancia, pues pudo saber, aunque no sé cómo lo hizo, que se trataba de Ángel. Un vecino muy dado a gastar bromas a los niños y que por aquel entonces tendría poco más de treinta años, aunque a mí me parecía un señor muy mayor. Posiblemente por su aspecto desaliñado y barba de varios días.

Ángel vivía en la misma calle que nosotros, un poco más arriba, a la salida del pueblo. A la puerta de su casa siempre estaban apostados dos enormes perros, uno negro y pelo largo, otro de color castaño que a mí se me hacían leones y me infundían un considerable respeto que yo creo que era miedo, francamente.

El hombre del saco

Al igual que para beber el agua del reguero, tenía que practicar el mencionado ritual, para poder pasar por delante de los perros sin peligro, disponía de dos opciones; la primera, que nunca puse en práctica, era que tenía que hacerlo completamente desnudo. Me habían garantizado que, de esa guisa, podría incluso entrar en cualquier propiedad vigilada por el más fiero de los perros sin ser importunado. La otra forma, más convencional, y era la que yo practicaba, consistía en pasar delante de ellos sin mostrar el menor atisbo de miedo. Para eso, lo mejor era ponerme a silbar o canturrear algo. Realmente siempre resultó satisfactorio este sencillo sistema.

Pasaron ya muchos años de aquel mi primer gran susto, cuando un atardecer de julio, filtrándose los últimos rayos de sol por entre los chopos y negrillos alineados en la parte interna del reguero, acercándome a la era, me pareció ver un tumulto de gente a la entrada, mirando y señalando hacia el reguero. Me abrí paso entre el gentío y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. En medio del agua yacía un hombre con la cabeza sobre la gran piedra que en otro tiempo yo movía para cambiar el rumbo y sonido del agua.

—Es Ángel. Está muerto, se ha ahogado. Ya se ha avisado a la Guardia Civil.

De pronto y no sé por qué, me sentí culpable de un homicidio culposo.

—Hay que sacarlo ahora mismo —grité con resolución.

—Avisar una ambulancia.

Y metiéndome en el agua me dispuse a sacarlo con ayuda de dos voluntarios de aquel grupo de mirones.

Lo tendimos en la pradera y mandé buscar un saco de la caseta. Me trajeron un quilma sobre la cual recostamos a Ángel. Sin más dilación creí llegada la ocasión de poner en práctica la técnica de reanimación cardiopulmonar —r. c. p.— aprendida en unas jornadas sobre medicina legal en la Facultad de Derecho en mis tiempos de estudiante.

Escuchaba con estupor los murmullos a mí alrededor y veía las sonrisas irónicas de la gente. Pero al cabo de unos veinte minutos de ventilaciones y compresiones continuadas, Ángel comenzó a dar señales de

El hombre del saco

vida, expulsando gran cantidad de agua. Unos minutos más tarde comenzó a respirar de forma pausada por sus propios medios. Al verle sonreír tranquilo le recordé el gran susto que me dio mucho tiempo atrás en aquella misma era. No pudo reprimir una enorme carcajada que le ayudó a vaciar un poco más de agua sus encharcados pulmones.

Aunque en momentos de angustia parece que el tiempo se detiene, lo cierto es que la ambulancia no tardó mucho en llegar y el médico que le vio con apariencia tranquila nos dijo: Parece que no es muy grave, pero lo llevaremos al Hospital para hacer una revisión más exhaustiva.

A los dos días del suceso, ya estaba de nuevo en casa, en el poyo de la puerta, junto a sus perros sentado.

Aquel tiempo quedó atrás y ya no hay gente que tender ropa para secar en la era, ni chiva, caballo, bueyes y vaca pastando la yerba fresca, ni tan siquiera un chiquillo sentado plácidamente en la orilla del reguero.

Ángel es un anciano y dicen que desvaría. Ayer pasó por mi casa, con un saco a las espaldas, cabizbajo, tal vez triste, caminando muy despacio y susurrando entre dientes: "El pueblo se está muriendo, solo quedan veinte casas, doce viejos, tres perros y cuatro gatos. Por no tener ya ni tengo un cuarterón de tabaco, vecino para charlar, mujer con quien regañar y niños que echar al saco"....